

Capítulo 42 - Ensayo de Coro - La Última Orellen

“Debes lavarte,” le indicó la mujer encargada de las túnicas del coro mientras él permanecía quieto, dejando que le colocara otra sobre la cabeza.

“Yo lavo.”

Regularmente. En el mar. Cuando meditaba. Aunque cada vez hacía más frío para eso, incluso a sus propios estándares.

“No solo tu rostro y manos. Un baño completo en el solsticio. Si llegas sucio, te enviarán de inmediato, sin importar cuántas prácticas hayas asistido.”

“Sé lo que es un baño.”

Ella retrocedió y entrecerró los ojos castaños para inspeccionarlo. La luz matutina que entraba por la alta ventana detrás de ella era tan brillante que hacía que la pila de túnicas blancas en la mesa pareciera brillar con luz propia.

Para su exasperación, a Kalen le habían considerado lo suficientemente bajito y adorable para estar en la primera fila del coro junto a los niños más pequeños. Era un palmo más alto que el siguiente, pero no lo bastante alto, ni siquiera lo apropiado, para la segunda fila. Como resultado, le tocaba usar una de las túnicas nuevas y más limpias en ese día especial. Tenían anchos bordados de oro en las mangas y en el dobladillo inferior.

La túnica era del tamaño correcto, así que al quitarla, la mujer la dobló cuidadosamente y la apartó. “Ahora, cuando la lleves puesta, no debes tirar de los hilos sueltos en los bordes. Ustedes, los pequeños, siempre están tan inquietos.”

“Casi tengo doce años,” masculló él. “Sé no deshilar el bordado.”

La tía Jayne lo habría matado a él y a sus primos si se hubieran atrevido a hacer tal cosa.

Ella chasqueó la lengua y lo envió a practicar mientras uno de sus compañeros de la primera fila se acercaba para su ajuste.

A pesar de sentir que le trataban como a un bebé demasiado pequeño, a Kalen en realidad le gustaban los ensayos matutinos del coro. Una pareja casada—los padres de la joven solista—se encargaban de enseñarles las canciones y cómo comportarse. Los niños estaban en las escaleras al frente de la capilla, cantaban algunas canciones, comían panecillos calentitos con mantequilla y

bebían tazas de agua caliente, y luego volvían a cantar.

Había alrededor de sesenta integrantes en el coro. Kalen nunca antes había estado rodeado de tantos niños a la vez. Se preguntaba si eso era lo que parecía la escuela, pero la escuela que había visto en Baitown tenía menos de veinte estudiantes.

Los otros niños ya formaban grupos de amigos, según la edad y su clase social. Nerth de Tiriswaith no encajaba del todo. Hablaba de forma extraña. Según una niña pequeña, usaba palabras demasiado grandes y de una manera graciosa. Nadie conocía a sus padres. Su ropa era demasiado bonita para algunos y demasiado pobre para otros.

Pero, a pesar de todo ello, nadie parecía disgustarle. Todos estaban dispuestos a hablar con él siempre que quisiera.

Excepto el niño solista. El de diez años parecía haberse dado cuenta de que a todos los adultos preferían la voz de Kalen a la suya, y se sentaba con el rostro enrojecido y mirando con furia cada vez que Kalen subía para su práctica en solitario como suplente designado.

Todo era tan sencillo. El trabajo consistía solo en memorizar, mantenerse erguido y resistir la tentación de molestar al envidioso niño más pequeño. Te alimentaban gratis. Terminaban cada día al mediodía. Y, cada tercer día, Kalen recibía su pago por asistir.

Si la práctica solo durara unas semanas más, pensó que habría podido justificar la compra de otro libro con anticipación.

De esta manera, cada día salía con un paso ligero y se dirigía a estudiar magia. Generalmente en el cementerio.

Dos semanas después de unirse al coro, Yarda regresó al Enclave de la Acredess para reunirse con el Hechicero Nigel. Permanecería allí al menos tres días, ya que esta vez él realmente iba a hacer algo por ella en lugar de dejar que los sanadores de menor grado la ayudaran con "los síntomas periféricos de su enfermedad".

Espero que funcione. Espero que sea tan bueno como Yarda piensa que es, se preocupó Kalen mientras se desplazaba entre las tumbas hacia uno de sus lugares favoritos de práctica.

Odiaba no tener manera de ayudar. O siquiera de saber.

Si fuera solo diez años mayor como practicante... si simplemente entendiera más cosas...

Pero no lo era. Lo mejor que podía hacer era prometerse a sí mismo que aprendería.

El viento frío agitó su cabello, y Kalen extendió una mano para sentirlo mejor. Se estaba convirtiendo en un hábito, aunque todavía no tenía mucho sentido.

Era simplemente que sentía que un practicante de viento debería ser capaz de extraer algo del propio viento. Ya había sentido esa chispa inicial de cierto entendimiento antes. Cuando había

destrozado el bosque. Y, de manera extraña, cuando había metido las manos en el barril del buscador de corrientes.

Había algún secreto. O misterio. O una verdad subyacente por descubrir.

O al menos eso quería él.

Dejó que el aire fluyera por sus dedos.

“Nunca puede dejar de moverse”, murmuró. “Porque si lo hace, ya no es el viento”.

Así se lo había explicado a Fanna.

¿Cómo sería ahora su pequeña hermana? Solo habían pasado unos meses, pero unos meses para un bebé significan mucho.

¿Recordaba la voz de Kalen? ¿Recordaba cuánto lo había abrazado antes de irse de casa? ¿Era tonto por siquiera esperar que pudiera hacerlo?

Había intentado no dejarla en brazos un día entero alguna vez. Como si pudiera impregnarse de ella.

No puedo volver a casa. Nunca podré volver hasta estar seguro de que es seguro para todos ellos.

Kalen trató de no pensar demasiado en ello, porque le hacía sentir atrapado. No entendía cómo el hecho de tener toda la vida del mundo, salvo una pequeña isla, podía hacerte sentir así, pero era cierto.

Como siempre, el recordatorio de que estaba lejos de su familia con un propósito le provocaba ganas de apresurarse. Hacia Arlade, hacia el Archipiélago, hacia convertirse en un practicante lo suficientemente poderoso como para protegerse a sí mismo y a las personas que amaba.

Así que se apresuró de la única manera que conocía, sentándose en la hierba muerta y moribunda y abriendo el libro en la página del hechizo más difícil.

Había leído las instrucciones tantas veces que casi las había memorizado, pero el patrón del hechizo era demasiado complejo. Involucraba ocho caminos diferentes y tenía cuarenta puntos de intersección. Para cuando Kalen lograba construirlo interiormente, siempre solía soltar piezas o arrastrar demasiados fragmentos y hacer un desastre. Esto ocurría incluso cuando trabajaba en los bordes de su estructura de maná, donde se había enseñado a crear patrones de hechizos internos durante años, en lugar de cerca del núcleo del viento, donde había estado intentando practicar la formación de patrones últimamente.

Perlas en el casting.

El hechizo generaba pequeñas bolas de viento silencioso, invisible y comprimido.

Aproximadamente del tamaño de “uvas dulces grandes”. Se dispersaban por el suelo en la zona

que se le había marcado, y derribaban objetos.

Al principio, a Kalen le había gustado la idea solo porque creaba ocho pequeñas bolas de viento, lo que le hacía sentir que lanzaba ocho pequeños hechizos simultáneamente. Ahora que había comprendido cuán casi imposible era para él dominar ese hechizo, solo lo intentaba cuando estaba de humor.

Si lograba dominar las Perlas en el casting, entonces sería capaz de vencer cualquier hechizo de este libro. Sería una prueba de que avanzaba rápidamente, incluso sin ayuda.

Pasó toda la tarde luchando con él, sin mucho progreso, y no regresó a la posada hasta el anochecer. Aquella noche, la habitación se sentía solitaria sin su primo. Y así, por las dos siguientes.

El administrador del puerto de Granslip hizo una de sus escasas apariciones esa noche para visitar a Kalen, pues el Capitán Kolto le había pedido, al parecer, antes de que partiera el Ébano Ester. Era un hombre mayor y rudo, pero, como siempre, parecía sincero cuando le dijo que Kalen debería acudir a buscarlo si alguna vez necesitaba algo.

Finalmente, Yarda regresó en la cuarta mañana tras su partida. Kalen no se dio cuenta de su regreso hasta que salió de la posada al amanecer y la vio apoyada en la barandilla del porche, observando con gesto poco habitual y sombrío el único peldaño.

“¡Yarda!” exclamó, incapaz de contener su alarma.

Ella parecía frágil. Y pálida. Y nada como ella misma.

Kalen dejó las cartas que pensaba llevar a la Oficina de Correos en su camino al ensayo y corrió hacia ella. “Estoy bien, estoy bien,” dijo, haciendo un gesto de rechazo con una sonrisa apenada. “No te preocupes por mí. El hechicero usó su magia curativa en mí casi todo un día. Dijo que debería sentirme más como yo misma para... para la próxima semana. Solo necesito descansar.”

Ella se apoyó en el único peldaño para subir al porche. Kalen la ayudó a entrar lo mejor que pudo y a sentarse en una silla.

Sabía que debía sentirse terrible porque apenas protestó cuando salió a despertar a la familia que dormía en la habitación del suelo y les preguntó si considerarían mudarse al piso superior. No quisieron. La habitación de arriba que compartían Yarda y él era mucho más pequeña.

Así que los pagó para que accedieran, haciendo su primer intento de regatear como un adulto... y creyendo que fracasó. Seguramente sería más barato mudarse a otro hostal. Pero su mente no daba para preocuparse por eso, con todo lo demás.

Pasó la mañana trasladando sus enseres abajo y las cosas de la familia arriba, ayudando a los posaderos a limpiar la habitación. Una tensión de temor le comprimía el pecho, sin que importara cuántas veces Yarda le decía que solo era parte del proceso de sanación.

Antes, ella siempre volvía de la Enclave con mejor aspecto. Ahora, parecía peor.

¿Cómo podía eso ser sanación?

¿Estaba muriéndose? pensó.

Luego aplastó ese pensamiento. Pero volvía a aparecer.

¿Se está muriendo?

¿Qué hago? ¿Cómo puedo arreglarlo?

No se había sentido tan desesperado desde la noche en que su madre dio a luz a Fanna, cuando se quedó despierto hojeando libros, persiguiendo respuestas que sabía que no tenían.

Acostaron a Yarda en la cama, y Kalen se sentó en una silla a apenas un palmo de ella, observándola como si estuviera a punto de desvanecerse.

—Te olvidaste de tu práctica de canto —dijo ella con cansancio—.

—No necesito practicar canto. Me quedaré aquí hasta que te mejores. No me iré ni por un momento —resolvió él.

—Dios mío —susurró Yarda con suavidad—. Eso puede resultar algo embarazoso. Una dama necesita algo de privacidad de vez en cuando.

Kalen resopló con impaciencia. —Sabes a qué me refiero.

Ella hizo un leve gesto con una mano, y Kalen extendió rápidamente la suya para sostenerla. —Shelba tiene razón sobre ti —dijo, apretando sus dedos con los suyos mucho más grandes—. Eres un buen muchacho.

Ella durmió.

Kalen no pudo soltarse de su mano durante largo rato. Cuando ella despertó de nuevo, ya era tarde por la tarde. Los sonidos de la calle, filtrándose por la ventana, eran ruidosos. Yarda miró hacia donde Kalen se había arrodillado durante la última media hora, terminando un proyecto.

—¿Estás dibujando en las tablas del suelo?

—Se borrará —dijo él—. Es solo tiza. Es un círculo de calor para calentar la habitación. Aquí abajo hace algo de frío.

La tiza no podía mantener el hechizo como la pintura de mago, pero Kalen podía canalizar energía en ella continuamente. Esto haría que el lugar fuera más cálido y le proporcionaría un medio para aliviar la energía frenética que le había estado recorriendo durante todo el día.

Ella lo observó durante un rato.

Finalmente, preguntó: —¿Existe algún hechizo para esconder los ruidos?

Kalen miró por la ventana con gesto de resignación. —Estoy seguro de que sí, pero no lo conozco. Quizá pueda encontrar una almohada para ponerla sobre ella. O —

—Ven y siéntate aquí a mi lado otra vez —le indicó ella, extendiendo la mano para acariciar la silla que él había dejado libre—. Quiero hablar contigo.

Saltó, sacudiéndose el polvo de tiza, y se apresuró a sentarse.

A pesar de haber pedido una charla, le costó un buen rato decir algo más.

Por fin, explicó: —Creo que mejoraré. La gente del hospital ha cuidado muy bien de mí cada vez que los he visto. Y aunque esta vez fue diferente, un verdadero hechicero usó magia en mí durante horas, y luego pasó varias veces a revisarme en los días siguientes. ¿Por qué haría algo así si no tuviera la intención de ayudarme?

—Eso es cierto —asintió Kalen—. Pero lamento mucho no haber ido contigo. Debería haber ido esta vez. Aunque... solo debería haberlo hecho.

Ella miró hacia el techo bajo. —Pasar unos días allí, sin otra cosa que hacer que estar en cama, charlar con la gente y escuchar sus propias historias, me llevó a escuchar ideas muy extrañas.

—Bueno, los practicantes seguramente discuten muchas cosas extrañas —dijo Kalen, recordando a menudo sorprenderse con líneas en sus libros. Imaginaba que pasar mucho tiempo rodeado de magos haría que veas el mundo con una perspectiva muy diferente y peculiar.

—En Hemarland oímos historias peculiares del continente todo el tiempo, ¿verdad? —preguntó ella—. Pero parecen muy distantes. Quizá por eso, porque están muy lejos. Y no somos personas que se preocupen por ellas, ya que ellas no se preocupan por nosotros. Sobre todo los practicantes, porque no les gustan los lugares sin magia.

—Realmente es muy diferente —coincidió Kalen—. Ellos son muy caprichosos, teniendo magia todo el tiempo. Pienso que si nunca te has quedado sin ella, viajar a lugares donde casi no hay nada sería algo absurdo.

“Sentado en el bar una noche,” dijo Yarda, “...oh, debió haber sido hace unos dos años aproximadamente. Me contaron de alguna familia de wizarns o alguna otra que había desaparecido por sí misma.”

El aliento de Kalen se atoró en su garganta.

“Y apenas prestaba atención. Pero creo que la historia que circulaba era que había una profecía acerca de ellos, y que muchas otras personas importantes estaban molestas por eso, así que la mayoría simplemente desapareció un día hace unos años. Dejaron atrás sus grandes casas elegantes y nunca regresaron. Y quizás reaparecerían cuando su profecía se cumpliera.”

“Yo... he oído hablar de eso.” No creyó que su voz sonara demasiado extraña.

“No pensé mucho en ello. Desaparecer de repente simplemente suena como algo que los wizards podrían hacer porque les da la gana, ¿verdad? Y no es asunto mío siempre que no me lleven con ellos.”

“Probablemente así lo sienten todos en casa respecto a las historias de practicantes.”

Yarda asintió. “Aquí lo sienten de manera bastante diferente, ¿verdad?”

¿Por qué mencionaba eso? ¿Qué había oído en la Enclave? ¿Qué pensaba que significaba?

Kalen no pudo preguntar.

“Esos jóvenes sanadores tan amables,” dijo ella, “algunos no más viejos que tú... entran y salen de ese lugar con bolsas de monedas y pulseras. Y cuando les pregunto, me dicen que es para encontrar a algunos de esos desaparecidos. Y yo pregunto, ‘¿Para qué los buscan?’”

Ella frunció el ceño.

“Me pareció una pregunta obvia. ‘¿Para qué buscas a la gente si no quieren ser encontradas?’ Y me dijeron que la familia que desapareció había hecho algo mal. Y yo pregunté, ‘¿Y qué fue?’”

Ella volvió a girar la cabeza para mirar a Kalen. “Dijeron que habían robado cuerpos. Y los habían resucitado con magia.”

Sus manos se apretaron en puños contra las parte superior de sus muslos. “Yo también escuché esa historia. Nuestro primer día aquí. En la oficina de correos. Suena loca.”

“Sí, lo es. Pero la mayoría dice que eso fue lo que hizo mal la familia. Y algunos dicen que no es sobre lo que hicieron, sino sobre lo que harán a los demás si su profecía se cumple. Otros parecen pensar que lo terrible de los wizards es simplemente que algunos otros no los quieren, y que en lugar de enfrentarse a sus enemigos, desaparecen, causando problemas a todos los demás.”

Eso ni siquiera tiene sentido.

“Les dije a quienes me contaron eso: ‘Eso no tiene lógica.’ Y me respondieron: ‘Señorita Yarda, simplemente no comprende el continente.’”

“Tampoco lo entiendo,” murmuró Kalen.

“Les pregunté qué harían si encontraran a las personas que buscaban.” Ella habló despacio. “Y dijeron que, obviamente, protegerían a quien la profecía decía que debía ser protegido.”

“¿Lo harán?”

“Eso dicen. Porque, claro, no es culpa de un niño que nazca en una familia mala.”

Kalen no supo qué responder a eso.

“Y yo pregunté, bueno... ¿qué hacen si encuentran a uno de los otros? Porque en esa familia de wizarms había muchos niños. Y... quizás... si esas historias son ciertas, hay más además de ellos. Y no todos tienen profecías, ¿verdad?”

—No. Esa mujer cuya profecía gustan tanto por aquí solo hace una predicción cada vez que despierta — respondió Kalen. Luego añadió: — Los dioses le dijeron que dejara de hacerlo.

Yarda no sonrió.

Normalmente, pensó Kalen, ella lo habría hecho.

— Esas sanadoras que tanto me han ayudado dijeron, por supuesto, que también cuidarían a esos niños normales de Orellen. —

Kalen no se estremeció con el nombre. Estaba mejorando en no hacerlo.

—Pero... —dijo ella— una pareja de ellos... quizás lo mejor sería no pronunciar palabras tan feas. Solo diré que creo que hay algo mal en su forma de pensar en este lugar. Pienso que de verdad hay algo errado en ello.

—¿Qué dijeron? —preguntó Kalen en voz baja.

Ella extendió una mano y posó la mano sobre su rodilla. —Nada que valga la pena repetir. Ahora, ¿has recibido alguna carta de tu amigo o de tu Mago Arlade?

Ese fue un cambio de tema bastante rápido.

—No he ido a la Oficina de Correos en un par de días. Iba a ir esta mañana, pero—

—Quizás si no recibimos respuesta antes del día en que tu coro actúe, entonces dejaremos este país después de todo. Y volveremos a casa. Creo que sería lo mejor para nosotros —.

Oh, pensó Kalen. Oh.

—No estás bien para viajar — dijo con voz delicada.

—El hechicero dijo que pronto me sentiré mejor.

—Yarda, estamos en invierno. Es... sería un milagro encontrar un barco que vaya hasta Hemarland en esta época del año —.

Ella lo sabía.

—Si tenemos que quedarnos todo el invierno — dijo lentamente —, deberías pasar más tiempo en esa iglesia tuya. Y partiremos en el primer barco que zarpe en primavera.

—Yarda... —

—Y si —dijo ella, mirándolo con ojos que, por las arrugas de risa, resultaba impactante ver en serio— no me pongo bien y tu nuevo Maestro no viene aquí por ti, quiero que me prometas que subirás a un barco y regresarás por tu cuenta. En cuanto encuentres uno.

—Yarda, no —.

Ella tomó su mano y la apretó en la suya más grande. —Este no es un buen lugar para que estés, Kalen.

Él miró hacia sus manos unidas. El brazalete blanco de Clywing era visible bajo la bocamanga de su camisa. —Yarda... ¿sabes? —

Ella no contestó por mucho tiempo.

—Las personas del Enclave están interesadas en niños de cierta edad — dijo finalmente—. Un niño de cierta edad que estaba interesado en el Enclave, de repente ya no. He convivido con él un tiempo. Creo que lo conozco lo suficiente como para reconocer cuando actúa diferente a sí mismo.

—¿Qué dijeron? —preguntó Kalen en un susurro. —¿Qué dijeron que fuera tan horrible?

—Las palabras dañinas y equivocadas no necesitan ser compartidas.

Kalen llevaba semanas escuchando conversaciones a través de los Oídos del Este. La mayoría de las personas claramente no compartían la misma opinión que Yarda Strongback.

—¿Dijeron que soy un monstruo? —

Ella apretó su mano más fuerte.

—¿Dijeron que soy una cosa sucia hecha con magia de sangre? —

— Shhh —dijo ella.

Su voz fue muy baja. —¿Dijeron que me sacaron de la muerte, para que no fuera un pecado devolvérmelo?

Ella lo tiró hacia ella con una fuerza sorprendente, considerando lo débil que parecía, y terminó medio desplomado sobre ella en la cama, mientras ella lo aferraba a su pecho. “Escúchame ahora, pequeño primo,” susurró en su oído.

Él temblaba. No podía detenerse. “No quería que lo descubrieras,” ahogó con dificultad. “No quería que nadie más de casa pensara nunca en mí así.”

Decirle a Lander ya había sido terrible. Y lo había hecho en un momento de pánico.

“Lo que el mar le da a un hombre es suyo para guardar,” dijo Yoda suavemente. “Lo que un hombre le entrega a su esposa también le pertenece a ella. Así hacemos las cosas en nuestra isla. ¿Lo sabes, verdad?”

Kalen lloraba. Apenas logró un asentimiento con la cabeza.

“Entonces, ¿quién más podrías ser sino Kalen, el hijo de Jorn? ¿Qué más serías sino Kalen, el hijo de Shelba?”

“Lo sé,” sollozó Kalen, con la cara contra su hombro. “Lo sé. Por eso no volveré.”

Yoda lo sostuvo con un brazo hasta que terminó de llorar. Estaba demasiado aliviada porque ella lo abrazaba, incluso ahora que sabía, como para sentirse avergonzado.

“Me volveré más fuerte,” susurró Kalen. “Me volveré lo suficientemente fuerte para protegerme. Y también protegeré a los demás.”

“Eso suena como mares embravecidos,” dijo ella al final. “Y sin tierra a la vista por mucho tiempo.”

“Puedo lograrlo.”

“Entonces, así será. Eso haremos.”

Revisión #1

Creado 11 julio 2026 07:12:49 por Alice Johnson

Actualizado 11 julio 2026 07:12:57 por Alice Johnson